

Cuentos infantiles
 dibujos y proyectos de
 ilustraciones

POR distraerme con los nietos Torres Restrepo, en su infancia.

J. Torres

LIBRERIA DEPARTAMENTAL
 BOGOTÁ

VIRUTA Y ASERRIN

Estos son cuentos de dos conejos y un viejo carpintero muy mentiroso.



Un matrimonio muy pobre vivía en una casita que sólo tenía una pieza y un corredoncito, y también un pedacito de patio con matas de jardín y plantas medicinales. El matrimonio tenía un niño, tal vez de cuatro años, que por las tardes salía con la mamá a un parque cercano para esperar al papá que era albañil y salía de su trabajo al toque de las seis.

Una tarde estaba el niño, que se llamaba Lorito, no por apodo sino porque era hijo de Loro, es decir, de Lorenzo, sentadito en un prado ancho y bonito como un lago, mientras la mamá, un poco distante, tejía un sendero de croché. La mamá de Lorito se llamaba Mercedes, pero Loro le decía Mercha y Lorito Mecha, por lo que tenemos una familia de Loro, Mecha y Lorito.

Bueno, Lorito vió ya cerca de él a un señor de buena edad, carpintero del barrio de nombre Severiano a quien le decían solamente Severo. Y sin más, Severo le habló como si fueran viejos amigos, siendo que por primera vez se veía

- que te parece, mi niño, si soltaran aquí veinte conejos blancos, cómo se vería este prado de lindo...



Pero Lorito no dijo nada. Miró a la cara de Severo, alto y moreno, y le vió grandes arrugas que se movían como caminos de hormigas. Y Severo le preguntó a Lorito si le gustaban las mariposas. Y Lorito no le contestó, pero le pareció que Severo no era tan alto y que su color moreno semejaba a pan cuando se dora. Severo le habló de una verdadera nube de pajaritos de copete y pito rojos que por tiempos venían a los árboles del parque... Y Lorito vió a Severo

bajito como él, tal vez más gordito, y se animó a preguntarle algo que le estaba picando en la cabeza:

- A usted le gustan los conejos ?

- Claro que me gustan -, le contestó Severo, y en seguida se entabló un confiado parloteo ~~entre~~ de niños. Y Lorito que quería poner las cosas a la vista, descubrió que Severo tenía precisamente dos conejos blancos en la casa, o dicho de otro modo, un conejo llamado Aserrín y una coneja llamada Viruta, nombres que les venía de las cosas más leves de la carpintería.



- Estos conejos -, dice Severo, tienen su propia casita en el patio, debajo de un viejo rosal, hecha de pedazos de tablas. Pero como saben que los quiero, se van a pasar las noches, más tibias y alegres, al taller, envueltos en aromas de maderas y barnices...

- Y no tienen conejitos ? -, le preguntó Lorito a Severo. Y éste, pensando bien la cosa, le contestó en tal forma que le despertó interés.

- No; no tienen conejitos, ~~pero~~ Pero agregó rápidamente: bueno, si tuvieron dos conejitos, blancos y bonitos y muy pícaros. Pero esta historia te la cuento mañana. Ves quién está con tu mamá ?



Severo estaba muy cansado. Había trabajado ese día una madera muy trabada que hacía saltar la garlopa. Pero tenía un compromiso muy serio. Lorito lo esperaba y quedarle mal a un niño es como engañarlo, y esto jamás lo hace una persona seria. Bueno, botó un poco del polvo de aserrín que tenía en la ropa, cambió de sombrero y se marchó al parque, que por cierto le quedaba cerca. Y, claro, ahí estaba, sentado en el prado, Lorito que lo vio llegar con ancha sonrisa de niño.



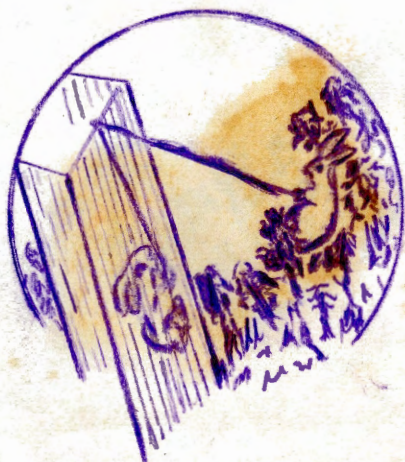
viejo, sin señas de hombre cansado o rastros de mal humor.

Y empezó el parloteo. Severo estaba la cosa por los lados de la mamá de Lorito, joven, bonita y juiciosa que ya le estaba sacando estrellas de cinco puntas en los bolsos del sendero de choché. A los oídos del niño la voz de Severo era música, porque también a él le parecía la mamá tan bella como la flor del trébol. Pero...

- Cómo es la historia de los conejitos? le pregunta Lorito a Severo.

- Ah! esta es, dice con gravedad Severo, una hermosa historia de amor y de ternura de los animales. En un pequeño bosque vivían dos conejos. Habían hecho su nido en la raíz de un tronco y allí vivían su vida muy felices. El conejo era un poco holgazán, se levantaba tarde, comía de lo mejor y se acostaba temprano. Pero un día, apenas amaneciendo, alcanzó a determinar, en el fondo del nido, a dos minúsculos conejitos, como capullos de algodón. y sin más le dijo a la coneja que estaba muy alegre: ahora es otra cosa, me voy a traerles alimento a estas criaturas! Y se fue. La coneja quedó orgullosa de tener un conejo de tanto arranque...

Salió el sol, subió por su cielo un pedazo, y el conejo no regresaba al nido. La coneja empezó a preocuparse, y pensando en alguna desgracia, salió a buscarlo. Pero, cómo dejar estas criaturas solas?, se di-



jo. Porque, en realidad, el nido estaba muy a la descubierta. Y reflexionó un momento... Si, por ahí cerca había una piedra que tenía una buena hendidura donde podría ocultarlos. Y en su boca rosadita y húmeda, como entre pétalos, llevó primero uno y después otro al escondite. Y regresó al nido, miró sobre la dirección que había seguido el conejo y marchó. Pronto se le acabó el bosque; se vió frente a un campo abierto y pensó: por aquí no ha podido seguir un conejo inteligente, sabiendo que cerca está una casa donde hay un perro que mira a los conejos como cosa de comer... Y vió que a un lado empezaba un yucal. Y por allí se fue, con mucho cuidadito. No había caminado tanto cuando halló al conejo: pero metido en una trampa ! Esta trampa era una reja con puerta que se cerraba cuando el incauto animal entraba mirando un gajo de peras maduras... Cómo sacarlo ? Ah, por arriba la trampa es descubierta ! Pero, dónde encontrar un lazo para tirarle ? Y la coneja, temblando de miedo, busco hasta que dió con una gran vena de hoja de plátano y se la tiró de una punta para ella tirar de la otra... Y salió el conejo !

Muy de carrera abandonaron los conejos el yucal; cruzaron a saltos el bosque hasta llegar a la piedra. Pero no estaban ahí los conejitos... qué horror !, exclamó el conejo, sobándose las nubes que se hacían en sus ojos. La coneja estuvo un momento pensativa. Y sin decirse nada, los dos conejos salieron a buscar a sus criaturas.

- Se los comería el perro ?-, preguntó Lorito, preocupado por los conejitos.

- No -, le contesta Severo y prosigue así este cuento:

Esa mañana acerté a pasar yo por cerca de la piedra y ví en la hendidura a los dos conejitos. Creí que se hubieran extraviado porque aquello no tenía señas de nido. Y los traje a mi casa; eché un cajón al patio, debajo del rosál y de los árboles, y con aserrín y viruta les hice su nidito, les puse agua en un plato y una buena maceta de lechugas... Pero apenas acababa de instalar a mis menuditos huéspedes, ~~veo~~ veo entrar, por un portillito, muy cautelosamente, a los dos conejos ! Entonces tapé el dicho portillito y toda la familia de los conejos se quedó en mi jardín.

- Y qué se hicieron los dos conejitos ?-, interroga Lorito.

- Ahora están grandes -, le contesta Severo, y le explica:

Yo tengo una nieta llamada Candelita, hija de Candelaria que es mi hija y tiene el mismo nombre de mi mujer a quien llamo yo simplemente Candela. Bueno, Candelita se enamoró locamente de los conejitos, y yo le dije que cuando fueran grandes, como de hacer vida aparte, se



los llevaría a su casa, donde también hay patio y jardín. Y así lo hice.

- Pero qué hacen ahora los conejos solos?, interrumpe Lorito. Y Severo le dice, muy fresco; Aserrín y Viruta están aprendiendo música y canto. Pero esta belleza de historia te la cuento mañana...



Lorito pasó un buen rato de la noche y casi todo el día pensando en las aventuras de los conejos. Pero cómo pueden aprender música y canto? Y dándole vueltas en la cabeza a este problema, no veía la hora de estar con Severo... Y la tarde estaba buena para hablar de música y canto: en el ocaso se incendiaban las nubes; el aire tibio del paque ~~era~~ era una sinfonía de perfumes...

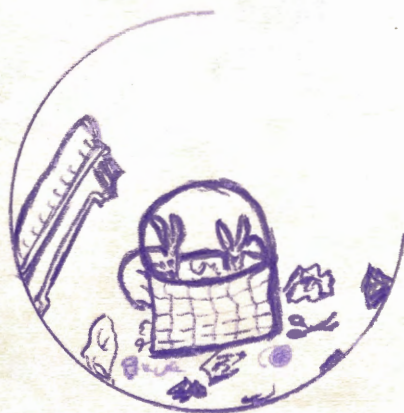


Lorito vio venir, todavía lejos, a Severo y corrió a encontrarlo, tan festivamente que lo tiró de las faltriqueras como si fuera el papá! Y se sentaron en una piedra que por ahí había, espalda con espalda, luego de lo cual Lorito movió el tema.

- Si, Lorito -, empieza Severo. Un



día llegó a mi taller un viajante para que yo le hiciera una cura de cola y polvo de madera en la espalda de un pequeñito y viejo violín, que se le había caído, produciéndose una leve avería. A la mañana siguiente el viajante pasó a recoger su instrumento, pero antes de llevárselo le montó las cuerdas y le probó el temple con el arco, a fin de oír el sonido y estar seguro de mi trabajo. Aserrín y Viruta que estaban escondidos se dieron cuenta de todo. Ya le habían tomado medidas y sacado moldes al violín durante la noche. Y después, trabajando duro - y también de noche - seleccionaron las maderas y fabricaron, en menos de una semana, dos lindos violines...



- Con cuerdas y todo ? -, interpela Lorito.

- Claro que tuvieron serio problema cuando llegaron a las cuerdas -, dice Severo y explica: como son muy consentidos de Candelá, que los llama "mis muchachos", se le metieron a la canasta de costura y de ahí sacaron sedas para sacar fibras y torcer las cuerdas...

- Y quién les enseña música ? -, interrumpe Lorito.

- Los pájaros -, le contesta Severo



y prosigue su relato. Los árboles del jardín se llenan de aves cantoras (po que Candela les pone frutas maduras y jarritos con leche). Claro que los conejos se han habituado a la música, a la melodía, al concierto de los pájaros y al ritmo de las hojas que sacude el viento. Viruta tiene fino el oído y buena memoria, lo que le permite llevar al violín conciertos famosos. Aserrín es un poco disipado; pero muy sensible, musical y de mucho gusto; además, tiene una brillante voz de barítono. Viruta no canta, pero baila con arte: tiene un "zapateo" de su invención, "cuando me picaron las hormigas", que es todo un primor!

Y las cosas no paran aquí. "Los dos violines" - que así se llama el dúo - están preparando un viaje artístico a una isla poblada de conejos, que según dicen podría servir de modelo para hacer un mundo a su gusto. Ahora están cosiendo sus trajes sobre modelos de mucho señorío creados por Viruta. Claro que se surten de telas, adornos, hilos, agujas y tijeras en la canasta de Candela! Aserrín tiene ya escrito el mensaje que han de llevar

a la isla de los conejos, y que por
cierto es un himno de pura "piedra"
- sin "cielo" -, al cual le están po-
niendo música de sinsontes y mirlas:

Queremos un mundo sólo de conejos,
de pájaros y flores;
un mundo que tenga un río de leche,
que la nieve sea queso
y la selva bombones...

- Pero adónde queda esa isla de los
conejos ?



Este es el cuento de un grillo muy vanidoso, escrito para la niña Anabel, cuando ya sabía leer.

Agosto de 1954

De debajo de una piedra cubierta de hierba que le servía de habitación, salió una tarde un grillo rojo, muy elegante. Miró con sus ojitos de agua el lindo prado que allí había, sembrado de hortensias y dalias a la sazón florecidas. Había llovido y el suelo estaba húmedo; pero como después salió el sol, las hojas y las flores brillaban con mucho esplendor.

El grillo que tenía sus patitas largas y además buenos goznes en las rodillas, alzó sin embargo un poco la cola de la capa que formaban sus alas y saltando se fue hasta un naranjo que adornaba el prado. Y como iba pensando en hallar un sitio alto desde el cual pudiera ver el paisaje, húmedo de la lluvia pero plateado de sol, empezó a subir por la base del árbol, teniendo siempre cuidado de prenderse bien para evitarse una caída de espaldas o un vuelo de remolino con su bonita barriga hacia arriba !

De todos modos, el grillo rojo llegó al ramaje del naranjo, se posó bien en la copa verde, y todo le pareció realmente bello. El cielo limpio, el monte lejano, y el prado mismo que parecía un tapete grande con sus flores de hortensias y dalias. Tan emocionado estaba, contemplando tanto esplendor, que pensó en cantar con su linda voz delgadita y larga como los juncos de la laguna adonde solía ir a pasar sus buenas noches de fiesta a la luz de la luna y las estrellas... Pero oyó un ruidito que le era familiar. Y

miró muy atento con sus ojitos de agua a todos los sitios cercanos, hasta que pudo ver, bien acunadito en la hoja de un cogollo, a un modesto grillito verde, difícil de distinguir por su color igual al de las hojas. Sin embargo, el vanidoso grillo rojo sintió grande alegría por hallarse, sin haberlo pensado, con aquel pariente pobre, de natural encanto, que al parecer vivía en la copa del naranjo. Y empezaron a conversar, porque siempre es grato encontrar en lugares para uno desconocidos, aunque sea un pariente pobre...

Pero estando en lo fino de la conversación, cuando el grillito verde soplabla la vanidad del grillo rojo diciéndole que en sus alas se japeaba la luz como en capa de nacar cuando le daba el sol, se sintió un horrible revoloteo sobre la fronda del naranjo... Y, oh sorpresa, un pájaro grande que saeteaba el espacio con sus alas, se alzó en la tija de su pico, precisamente al lindo grillo rojo !

El grillito verde se asustó terriblemente. Pero se quedó quietico en su cunita de hoja, que temblaba, tal vez porque el viento la mecía o porque, sin él saberlo, con su miedo la estrujaba !

Para ilustrar
con los grillos en el
ramaje del árbol.

*

*

Un cuento escrito para la niña Anabel, con motivo de cumplir seis años de edad.

Para ilustrar
con la mariposa,
el arco iris

Por un ancho prado, con árboles y piedras grandes, corre un río pequeño, casi un arroyo, adonde van a bañarse los niños, porque el riachulo de este cuento tiene bellísimos remansos que parecen anchos lechos cubiertos de edredones de seda verdecita clara.

En uno de estos remansos se formó un copo de espuma, y encima de esta espuma se posó una enorme mariposa reina que tenía en sus alas siete lindos colores pintados a pincel y, sobre ellos un polvito de oro que brilla con el sol. Esta mariposa reina - que tenía la cabeza rubia y el pecho blanco - sintió que la espuma la mecía y esto no le agradó. Alzó entonces sus hermosas alas para ir a posarse en una piedra alta a la cual se recostaba un viejo rosal. Y se puso a pensar. Pero en qué puede pensar una mariposa? En una hormiga, digamos.

Y era precisamente porque había visto un hilo tendido: rojo, negro y verde que bajaba del rosal y bordeando la piedra y cruzando un sendero iba a perderse al fin en las raíces de un tronco de palmera. Claro, eran hormigas que llevaban al depósito de oculta vivienda, pedacitos de hojas como banderas verdes. Ah, se dijo la mariposa reina: una hormiga que trabaja para su pequeño mundo debajo de la tierra; que ve salir de sus niditos las hormiguitas recién nacidas a comer del enjambre de las hojas maduras... Por qué no tengo yo, dos o tres o cuatro maripositas con sus cabezas rubias y sus alas pequeñas todavía pero de siete colores y polvito de oro?

Y pensando en todo esto sintió que se estaba poniendo triste. Templó el pecho blanco y miró hacia arriba, y vió en el cielo muchas nubes como islas grises que se iban poniendo más oscuras. Y sintió que corría un viento frío, húmedo...

Iba a llover, seguramente. Y dándose cuenta la mariposa reina de un árbol alto y frondoso en la cercanía, alzó vuelo en dirección a la cima del follaje verde. Pero corría ya un viento tan fuerte que le impulsaba las alas como las velas de una pequeña nave. Y no pudo posarse en el follaje verde. El viento que silbaba en las ramas de los árboles se la llevaba como una hoja! Y muy lejos, envuelta en la tromba rugiente de la tempestad, sintió que su cabeza rubia y su pecho blanco se desprendían de las enormes alas...

Y empezó a llover. Las hormigas corrieron a su oculta vivienda, dejando algunas el fardo de sus hojas en la mitad del camino. El río pequeño se creció, se hizo alegre, ruidoso como una cascada... Después quedó un silencio transparente, una serenidad pensativa, el gotear de las hojas. Y floreció suavemente la luz de un sol de atardecer, y entre dos montañas, como un puente elevado, apareció el Arco Iris que había hecho el viento con las alas de la mariposa reina...

Se durmió la niña Anabel?

*